



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2021 Año VIII / N° 16

ÍNDICE

Gonzalo Albero Alabort		Stanley Jayakumar Yesudass	
Presentación	277	Avanzando en la conversación ecuménica	395
Andrés J. Valencia Pérez		Manuel Ortuño Arregui	
Simposio de Teología Ecuménica <i>Ut Unum Sint, el camino irreversible de la Iglesia</i>	279	Evolución histórica del paradigma del ministerio papal en contraposición al nuevo concepto en la encíclica <i>Ut Unum Sint</i>	411
Viorel Coman		Elvira Canet Prats	
Reflexiones ortodoxas sobre la encíclica <i>Ut Unum Sint</i>	281	Educación en el ecumenismo y diálogo interreligioso según Edith Stein	425
José Antonio Heredia Otero		Leopoldo Quílez Fajardo	
La oración de Jesús: un camino de encuentro entre el Oriente y el Occidente cristiano, y entre la espiritualidad y la moral	295	La filosofía de la religión de X. Zubiri	439
Andrés Mauricio Quevedo Rodríguez		M ^a . Teresa Ortiz Angulo	
Desde la <i>Ut Unum Sint</i> hasta el pentecostalismo	311	Abenarabi y santa Teresa	455
Antonio Rafael Medialdea Villalba		Luis Abrahán Sarmiento Moreno	
Tomás de Aquino en Oriente	323	Hacia una filosofía de la vocación	475
Almudena Alba López		Pablo Blanco Sarto	
Hilario de Poitiers en Oriente (356-361)	339	De la Trinidad a la Iglesia en el diálogo ecuménico del siglo XXI	487
Arturo Llin Cháfer – Vicente Palop Llin		José Carlos Martín de la Hoz	
El hombre, objeto de reflexión en el s. XVI según la doctrina de san Juan de Ávila	349	Ecumenismo y paz	497
Alfonso Esponera Cerdán		Leo Frans Jozef Meulenbergh	
Una mirada no tan cerrada e intransigente ..	365	The fairy tale, a fresh inspiration for the ecumenical dialogue a meditation	511
Domingo García Guillén		Memoria Académica del Curso 2020-2021	527
Una lectura trinitaria del primado	377	Recensiones	549
		Publicaciones recibidas	561

EL HOMBRE, OBJETO DE REFLEXIÓN EN EL SIGLO XVI SEGÚN LA DOCTRINA DE SAN JUAN DE ÁVILA

*Arturo Llin Cháfer** – *Vicente Palop Llin***

RESUMEN

Juan de Ávila, apóstol del siglo XVI, un sediento de almas. Cooperó a que se crease el nuevo tipo de pastor que surge como continuación de lo aires renovadores de su tiempo.

Bien merece que se dé a conocer la figura y doctrina del maestro. Su aportación fue decisiva en la época de renovación y relación de la iglesia española en el siglo XVI, influencia que ha continuado analizándose posteriormente hasta la actualidad.

PALABRAS CLAVE

Juan de Ávila, Historia de la Iglesia s. XVI, Renovación de la Iglesia

ABSTRACT

Juan de Ávila, apostle of the sixteenth century, a thirsty for souls. He cooperated in the creation of the new type of shepherd that emerged as a continuation of the renewing airs of his time.

It is well worth making known the figure and doctrine of the master. His contribution was decisive in the time of renewal and relationship of the Spanish church in the sixteenth century, influence that has continued to be analyzed later until today.

KEYWORDS

Juan de Ávila, History of the Church XVIth. Century, Renewal of the Church

La personalidad y obra de san Juan de Ávila desempeña un papel relevante en la Iglesia del siglo XVI. Es uno de los artífices de la restauración católica. Participa activamente en el quehacer de la Iglesia de aquella época. Notable es su aportación a la reforma de la Iglesia, y concretamente en las tierras de Andalucía. Significativa es su participación en la espiritualidad española y en la renovación de la predicación cristiana.

Al estudiar la reforma eclesíástica del siglo XVI en España hay que reconocerle como una figura que la fragua y hace posible. Su personalidad hay que encuadrarla dentro de la escuela española del siglo XVI. Son muchos santos, pastores, teólogos y místicos que recibieron

* Doctor en Teología. Facultad de Teología San Vicente Ferrer-UCV. Valencia (España).

** Arquitecto. Onteniente (España).

su influencia, ya formando parte de la escuela sacerdotal que promovió, ya participando en la gama de las múltiples actividades que llevó a cabo.

Vivió una de las épocas más agitadas y fructíferas de la historia como pudo ser el siglo XVI español y se movió en una clave universal y sin fronteras. Situado en el cruce de las corrientes del siglo de oro se relaciona con casi todos los grandes maestros de aquellos tiempos. En esta España de santos, místicos y guerreros, Juan de Ávila vivió con intensidad y con pasión los avatares de una Iglesia necesitada de reforma profunda, ansiosa de espiritualidad, sorprendida y expectante, a la vez, ante los descubrimientos de nuevos mundos y ante la urgencia de afrontar problemas nuevos en el campo filosófico, teológico y pastoral.

Esa visión amplia y universal y esos deseos de reforma afloran en la predicación de nuestro santo, de su epistolario, tratados y memoriales al concilio de Trento y a los concilios provinciales de Toledo y Granada, que lo dirige todo a buscar la renovación eclesial por medio de una vida santa y de unos medios adecuados. La Iglesia aparece, en aquella época, desfigurada por sus mismos hijos que no viven la vida cristiana. De ahí que Juan de Ávila apunte especialmente la reforma clerical, además de la vida cristiana en general. Su actitud es tan firme como humilde, basándose en la Sagrada Escritura, Santos Padres, concilios, santos y teólogos.

En todo momento el santo se manifiesta a través de su vida y ministerio, como místico, ascético, teólogo, humanista, escritor, santo y hombre de gobierno. Supo sintonizar con la literatura espiritual de las corrientes antiguas y modernas. Supo conectar y ponerlas al alcance del cristiano.

El presente estudio lo clasificamos en los siguientes apartados. En primer lugar, se presentan unos prenotandos sobre el siglo XVI, seguido de la relación que tuvo san Juan de Ávila con la universidad de Alcalá de Henares, para pasar seguidamente a presentar sus principios teológicos, objetivo principal de este tema, para terminar con algunas breves conclusiones.

1. PRENOTANDOS: TIEMPOS DE RENOVACIÓN

Tres acontecimientos configuraron la sociedad del siglo XVI: en 1592 la conquista de Granada y el descubrimiento de América y en 1512 la anexión del Reino de Navarra a la Corona de Castilla. Estos sucesos,

en su conjunto, determinaron que los españoles tomaran conciencia de vivir tiempos realmente novedosos, tiempos modernos. Surge un vitalismo cristiano, en primer término, porque todo desarrollo del espíritu se desenvuelve en torno a Dios.

Ese dinamismo fue creador y se expresó en múltiples caminos. Surge un hombre nuevo que nace a impulso de una nueva cruzada, que siente la necesidad de recomponer su entorno. Un hombre austero, desbordante de vitalidad. Al que le seducía el saber tanto para realizar aquí su gran obra, como descubrir a Dios en ella.

Llegaba a ello desde distintos caminos: desde su espiritualidad afectiva y de culto interior; desde el nominalismo de Pedro Sánchez Ciruelo; desde el campo de la acción política como Antonio de Guevara, o desde la exégesis bíblica y la acción de hombre de estado como el propio cardenal Francisco Jiménez de Cisneros.¹

El hombre es una criatura de Dios y su idea de la verdad no podía ser otra que la de tender como una flecha al encuentro y conocimiento del mismo Dios. Todos: aventureros, soldados, clérigos, frailes y caballeros... vivieron un ambiente, un espacio lleno de espiritualidad.

La meta final era el servicio de Dios y lo que se discutía no era otra cosa sino las distintas vías o caminos para conocerlo. La búsqueda de Dios y su conocimiento necesitaban un estado de permanencia y quietud adecuado para la reforma del espíritu. Y esa búsqueda a fuera de ser individual necesariamente también debía de ser colectiva.

El hombre humanista que vivía en España entendió que nada le era ajeno, por lo que todo era perfeccionable. La reforma de la Iglesia, los problemas de la guerra, el concepto de cristiandad... todo era objeto de análisis y revisión.²

Descubierta esta nueva espiritualidad con el renacimiento, que aboga por el activismo, pronto los espirituales del siglo de oro español llegaron a aceptar la importancia de la vida activa, de manera que, si es verdad que conceden mayor perfección a la vida contemplativa, no obstante, aquel que procura hacer compatible la vida activa y contemplativa es más completo.

Verdadero cristiano es, pues, el que sabe hacer de su vida una verdadera oración,

¹ ANDRÉS, M., *La teología española...*, I, 39-40.

² Cf. LLIN CHÁFER, A., *San Juan de Ávila...*, 34-35.

así en todo lugar y tiempo procura enderezar sus obras y palabras a la gloria de Jesucristo y esto lo tiene como oración. La misma unión con Dios en realidad sólo se puede conseguir cuando sea por el camino de la penitencia y de la caridad práctica.³

Con todo este planteamiento fue fácil deducir cómo comenzó a surgir un cristianismo más evangélico y los mismos grandes teólogos comenzaron a tener una honda preocupación pastoral y ascética.

Se intentó armonizar la piedad y el afán del lucro, la fe y la misma vocación temporal. Se dio, pues, una proyección social al mismo ser cristiano.

A los sacramentos se les valoró en cuanto que debían dar una respuesta personal por parte de los que tenían que recibirlos y esta respuesta se manifestó en la práctica de las virtudes cristianas.

También comenzaron a reconocerse los estados del sacerdote religioso o seglar no como grados de piedad superior o inferior, sino como distintas formas de expresar la vida cristiana.

Humanismo, reforma, camino de espiritualidad, modos y vías de conocimiento de Dios, todo vino a unificarse en torno a la universidad de Alcalá de Henares, y de un modo especial en su Colegio Mayor de San Ildefonso.

El 3 de abril de 1499, el papa Alejandro VI concedía el permiso para crear un Colegio de estudiantes en el que la teología, el derecho canónico y las artes liberales se pudieran realizar mediante la reflexión y la enseñanza. Un Colegio, el de San Ildefonso, al que después se le añade el reconocimiento como Universidad. Tal concesión le otorgaba los mismos derechos y privilegios que las universidades de Salamanca y Valladolid.

Esta fundación al crearse recogía el espíritu renovador de la época y obedecía a un impulso colectivo. Hombre cristiano y hombre nuevo, es el núcleo del proyecto que ser cristiano y hombre nuevo no es incompatible. Se traza un plan educativo progresivo que comenzaba en la infancia (gramática griega y latina), continúa tres años con diversas materias de Filosofía, se accede luego a la medicina o la Teología.

El éxito de Alcalá fue conseguir verdaderos teólogos y grandes pastores, los hombres nuevos que soñaba el cardenal Cisneros. Este hombre nuevo es el que conduce rectamente, que practica obras de caridad y que lleva una vida de oración y ascesis conforme los principios de un

³ ANDRÉS, M., *La teología española...*, II, 335-342.

evangelismo puro. Pero el cristiano no solo debe reformar sus costumbres, sino además alimentar su vida, acrecentar sus conocimientos, acudiendo a las fuentes de la revelación.

El hombre, para Cisneros, es preferentemente el clérigo, pastor, experto y entendido en el mensaje auténtico de Cristo. Cisneros sabía de la indolencia del clero, de la falta de entendimiento entre los religiosos observantes y conventuales, y para él el hombre nuevo, es ante todo el que expresa la fórmula académica del Colegio de San Ildelfonso: un modelo pedagógico globalizado en el estudio, la vida y la oración, que se interrelacionan para completar con ello la formación integral del sujeto cristiano.⁴ Era esto un proyecto pedagógico inmerso en el proceso de la reforma de la Iglesia que el propio Cisneros proponía para la misma Iglesia, con lo que colaboró, trabajó y testificó con su propia vida y entrega sacerdotal Juan de Ávila.

2. JUAN DE ÁVILA Y ALCALÁ DE HENARES

La actividad pastoral y cura de almas que Juan de Ávila desempeña en las distintas regiones españolas, y en especial en Andalucía, inauguran los tiempos de la renovación de la Iglesia. Especialmente destaca por la formación del modelo del sacerdote, pastor entregado al servicio del pueblo de Dios, con la fundación de colegios y universidades, adelantándose, con ello, a los decretos disciplinares del concilio de Trento, al que iluminó con sus Memoriales.

Juan de Ávila nació en Almodóvar el Campo, población entonces perteneciente al arzobispado de Toledo, el 6 de enero de 1499 o 1500. Hijo del matrimonio Alonso de Ávila y Catalina Gijón, familia acomodada. Su padre era de familia de conversos, dato que influirá en su vida y su madre era de familia de hidalgos.⁵

En sus años de adolescencia, Juan de Ávila entró en contacto con la Universidad de Salamanca, donde estudió leyes, pero fue especialmente en la Universidad de Alcalá de Henares, donde recibió su definitiva formación sacerdotal. Quería el cardenal Cisneros, su fundador, crear una nueva imagen del sacerdote. Y vio a dicha universidad como un gran seminario para que pudiesen acceder los clérigos y, después de adquirir

⁴ GARCÍA ORO, J., *Cisneros y la reforma del clero español...*

⁵ LUIS DE GRANADA, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila*, 27-28.

su formación, actuar en sus lugares de origen, como planteles de una Iglesia más digna de Cristo. En este ambiente cursó nuestro santo sus estudios. Luego, a través del itinerario de su vida sacerdotal, demostró la recia formación adquirida en la Universidad Complutense.

Sus ideas y vivencias desarrolladas en los años de su juventud hay que encontrarlas en los grandes maestros que conoció durante el tiempo de estudiante universitario. Figuras de gran calidad humana y espiritual desfilaron delante de sus ojos durante este periodo de tanta importancia en su formación cristiana. En el aspecto doctrinal se encontró con profesores de notable prestigio, Pedro Sánchez Ciruelo, que se distinguió por la renovación del tomismo y Juan de Medina, en la cátedra de nominalismo, que incorporó el humanismo del Renacimiento a la teología escolástica. La divulgación de los libros espirituales, igualmente, influyeron en su pensamiento.

Durante los años en que Juan de Ávila estudia teología se publican, en Alcalá, algunas obras de Erasmo de Rotterdam. Su doctrina no le es ajena a Ávila. Rotterdam representa un movimiento de reforma y renovación espiritual en el seno de la Iglesia Católica, que en España alcanza una importancia singular, llegando a ser el alma de una revolución religiosa española. En los escritos erasmianos destacan, en primer lugar, la sátira contra los abusos, vicios y relajaciones de la Iglesia. Sus obras produjeron un gran impacto en aquella sociedad ávida de reformas e innovaciones, de forma que las ediciones se multiplicaron prodigiosamente.

El influjo erasmiano sobre Juan de Ávila puede detectarse claramente en algunas de sus ideas y expresiones: su cristocentrismo, la importancia que concede a la Iglesia como cuerpo místico, las citas constantes que reproduce de las cartas paulinas y su constante preocupación por la gracia y la justificación.

Y como eje de todo ello, el sacerdote Fernando de Contreras. Esporádicamente lo conoció y trató en Alcalá, luego su providencial encuentro en Sevilla, que impidió que marchara a las Indias, hizo que se compenetraran en inquietudes y anhelos dando, con ello, a conocer su similitud espiritual.⁶

En unos tiempos en que España llega a su máximo esplendor, valiosa fue la aportación de nuestro santo en la reforma de la Iglesia. Con su actuación esbozó las líneas de una nueva orientación pastoral,

⁶ *El Maestro Ávila. Actas del Congreso internacional.*

espiritual y teológica. Su trayectoria vital y constante fue trabajar por la Iglesia. Se esfuerza por conocer la situación de ésta, detectando los males que sufre y censurando los defectos de los obispos y de los clérigos del alto y bajo clero, de los responsables de la sociedad y de la gente sencilla. Ante esta realidad se enciende su celo apostólico, joven y renovador. Tal celo le lleva a un espíritu crítico, profético, a una libertad sin mixtificaciones, que le hacen actual, con gran dedicación y prudencia, en todo lo que atañe al bien de la Iglesia y que hará patente en las múltiples actividades y obras que dejará en la misma Iglesia, como fruto de su desvelo y dedicación pastoral.

3. PRINCIPIOS TEOLÓGICOS

Jesucristo, Redentor

Toda la doctrina avilista gira alrededor del misterio de Cristo, que se celebra en torno a la Navidad (Encarnación y Epifanía) y a la Pascua (Redención, Pasión, Resurrección, Pentecostés). Todos los temas cristológicos tienen la característica de presentar la interioridad o sentimientos y amores de Cristo.

En efecto nuestro santo destaca que Cristo vino al mundo, enviado por el Padre, para redimir a la humanidad. Y para que fuera posible esta misión tomó nuestra naturaleza humana. Hay una doble polaridad, hacia Dios y hacia los hombres, siempre en armonía mutua, que se puede concretar en estas dos afirmaciones: “Los sacerdotes somos diputados para la honra y contentamiento de Dios y guarda sus leyes en nos y en los otros”.⁷ Los sacerdotes son “abogados por el pueblo de Dios, ofreciendo al unigénito Hijo delante del alto tribunal del Padre, maestros y educadores de almas”.⁸

Queda patente en estos textos la gratuidad con la que Dios actúa a favor del hombre, ya que todo es exponente de su misericordia. Y cómo, al tomar nuestra condición humana, hace posible que el hombre pueda llegar a Dios. Se constata la idea agustiniana de intercambio. Es en esa

⁷ *Plática* 1^a, 235ss.

Los textos sobre san Juan de Ávila se han tomado de las *Obras completas del Santo Maestro*. Modo de citar: *Audi, Filia*, número de capítulo y líneas; *Epistolario*, número de la carta y líneas; *Plática*, número y líneas; *Sermón*, número del sermón y líneas; Memorial primero para el concilio de Trento: *Trento I*, número del párrafo; *Advertencias*: número del apartado y líneas.

⁸ *Trento I*, 12, 317ss.

unión hipostática donde hay que encontrar la razón y fundamento de su sacerdocio. De ahí que, dicha unión hipostática es la que da forma a Cristo en su ser y poder sacerdotal, el ejercicio de ese poder le viene por la gracia que se sigue a aquella unión que se ha comunicado a la humanidad de Cristo.

Desde luego ese desposorio que Cristo realiza con la humanidad por el que ejerce su sacerdocio, hay que encontrarlo desde el mismo momento que entra en la historia de los hombres.

Cristo va a formar parte de nuestra historia. Y si bien es hombre, no deja de ser Dios uniendo esa dualidad en su persona divina. Juan de Ávila lo explica indicando que Cristo es Esposo de la Iglesia y de cada creyente, como compartiendo la misma vida (desde la Encarnación) y comunicando todo lo que es él (como fruto de su redención). Este amor esponsal de Cristo es tierno como el de una madre. Su humanidad vivificante y su Corazón son la expresión de este amor esponsal y materno.

Juan de Ávila afirma como la doble realidad de la divinidad y humanidad se da en la persona de Cristo. Por una parte, presenta a un hombre que es asumido por el mismo Dios. Por otra tal salvador es el que se compadece de los extravíos de la humanidad, purificándola de sus pecados y proporcionándole toda clase de bienes.

Pero la oblación realizada por Cristo al Padre a favor de los hombres la realiza principalmente con su pasión, muerte y resurrección. Por medio de su sacrificio en la cruz nos redimió y al hacerlo, hizo que pasáramos por su gracia de siervos del pecado a hijos de Dios, herederos de la gloria eterna, haciéndonos semejantes a Él, como Él se había hecho semejante a nosotros:

Si bien miramos, afirma Juan de Ávila, el mismo ser de Dios es tan unísima, simplísima, que no se puede pensar cosa que más una sea, sin ninguna composición y división [...] Tras esta unidad de Dios y su esencia [...] se sigue otra unidad segunda, que es del Hijo de Dios con la santa humanidad que tomó en unidad de persona, de la limpísima Virgen María: una persona de dos naturalezas, que no hay más que una, después de la primera que dijimos. Es lo que decimos de la encarnación y puédese decir casamiento, desposorio. Casóse el Verbo divino de tal manera con la naturaleza humana que tomó de la Virgen, que, siendo dos naturalezas, divina y humana, quedó una sola.⁹

⁹ *Sermón* 6, 20-25.

Pero el sacrificio de Cristo fue realizado de una vez y para siempre. El sacrificio de la Antigua Alianza ha sido sustituido por un sacrificio nuevo. Aquel ha dejado de tener razón de ser. Cristo es la víctima expiatoria y, al mismo tiempo, sacerdote del sacrificio de esa Nueva Alianza. Cristo al inmolarse a sí mismo, como mediador entre Dios y los hombres, satisfizo de una vez y para siempre por todos los hombres.

El sacerdocio de Cristo trasciende toda idea y realidad de sacerdocio incluso el sacerdocio revelado del Antiguo Testamento. Su sacerdocio es infinitamente superior a cualquier otro. Ninguna palabra humana puede abarcar el inmenso amor manifestado por Cristo.

Juan de Ávila coteja repetidas veces el sacerdocio del Antiguo Testamento con el del Nuevo, para ponderar la alteza de éste sobre aquel, y las exigencias, por consiguiente, de perfección de vida del uno sobre el otro: “Jesucristo se puso en medio de Dios Padre y de mí. El recibió lo que había de pecar”. “Sepan todos que otro medianero no hay, si Él no”. Es, pues, Sacerdote y Víctima. Respecto a las realidades sacrificiales del Antiguo Testamento, en todas ellas estaba “Cristo como concentrado”.¹⁰

Al ser tanto el precio que a Cristo le han costado las almas, quiso elegir unos colaboradores suyos que tuvieran misión de cuidar de ellas.

En efecto, eligió a los apóstoles, y con ellos a sus sucesores los obispos y presbíteros, para que continuaran la obra realizada por el mismo Cristo hasta el final de los tiempos:

Quienes dirigen la Iglesia han sido elegidos para pastores y criadores del ganado, que lo apacienten en los pastos de ciencia y doctrina [...] y aunque sea con derramar sangre y dar la vida como hizo Cristo, y dijo que este tal es el Buen Pastor.¹¹

El Cuerpo Místico de Cristo

Cristo con su oblación abarca a toda la humanidad. Es el primogénito de toda la creación. Es nuestra cabeza y nos representa a todos los hombres ante el Padre. Al solidarizarse con el hombre su sacerdocio adquiere un relieve especial. Por la unión hipostática, Cristo está a nuestra

¹⁰ *Sermón* 3, 680; *Gálatas* 31, 1791ss.

¹¹ *Advertencias* 1, 6, 198; *Sermón* 81, 75-85.

cabeza; por la gracia que radica en su gracia de unión, es nuestra cabeza especial, la fuente de la vida del espíritu. Todos los hombres quedaban comprendidos en su Redención.

Juan de Ávila, para explicar ese entronque de Cristo y su obra redentora, no encuentra mejor imagen que la del Cuerpo Místico, que había adquirido su importancia en el siglo XVI: “Nos dio por remedio a Jesucristo, su Hijo bendito; y no como quiera, mas nos lo dio por Cabeza, cuyo cuerpo, fuésemos nosotros, lo cual quedamos sin comparación, muy honrados y agradables a Dios”.¹²

La gracia redentora de Cristo se extiende a todos los fieles es universal y de ella se benefician, no sólo los que en el momento presente puedan recibir esa gracia que se ofrece, al aceptarla, sino que llega aún a aquellos que en tiempos pasados estuvieron esperando la venida del Salvador.

En ese Cuerpo Místico, si Cristo es la cabeza, la Iglesia, su divina esposa es el cuerpo, que se nutre de la cabeza, es decir, del sacrificio redentor del mismo Cristo, que llega a los fieles por medio del ministerio sacerdotal: “Porque por esta inefable unión de Cristo Cabeza con la Iglesia, que es su cuerpo, él y nosotros somos llamados un Cristo”, dice el Maestro Ávila. “Y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos lo da san Pablo a entender”. “Tiene Cristo dos cuerpos: uno el que recibió de la Virgen y otro que somos nosotros”. Por esta unión con Cristo, participamos de la vida divina. “Haciéndonos cuerpo de aquel hombre, para que así, y por medio de él y en él, juntásemos con Dios”.¹³

La Iglesia y el sacerdocio de los fieles

Después de haber realizado Cristo la obra de la salvación, quiso continuar de modo permanente en medio de los hombres a través de la Iglesia. Cristo quiso ser el fundamento en medio de los hombres a través de la Iglesia. Cristo quiso ser el fundamento de la Iglesia y que ésta se cimentase en El mismo.

Quiso que brotase la Iglesia del mismo sacrificio de la cruz. La Iglesia está firmemente establecida en Cristo. Juan de Ávila afirma que

¹² *Sermón* 52, 70.

¹³ *Sermón* 40, 281; *Audi, Filia*, cap. 84, 8881.

Cristo es la piedra en la que se edifica la Iglesia, dentro de la cual todo el mundo recibe los beneficios de la redención.

Todos somos Iglesia, cada uno según la gracia recibida: “Salgamos nosotros mismos y vámonos al campo de nuestra viña, que es la Iglesia, que cada uno de esta Iglesia miembro suyo es”. Todos formamos “una Iglesia y una unión en Jesucristo”.

Luego Juan de Ávila va glosando “los diversos nombres” bíblicos de la Iglesia, para hacerse más comprensivo: templo, cuerpo, pueblo..., para denotar su grande excelencia..., su gran bondad y perfección.

La imagen del templo indica que en cada uno de ellos (los creyentes) mora el Señor, “no solamente en la ánima, sino también en el cuerpo”. El título de cuerpo, cuya cabeza es Cristo, equivale a compañía, que crece por la caridad. San Pablo en su carta a los Efesios 4,16, afirma: “Dice caridad porque, mediante ésta crece este cuerpo místico o compañía”.

La imagen de “pueblo”, en cuanto la Iglesia es pueblo sacerdotal. Como compendio de todos los títulos bíblicos, escoge el de “congregación, fundada en la caridad”. “Otro nombre tiene esta compañía general, que comprende todos éstos, que es la Iglesia, el cual quiere decir congregación, porque toda esta congregación recibe gracia de Jesucristo”.¹⁴

En todo esto para nuestro santo, ¿qué significan los fieles cristianos dentro de la misma Iglesia?

Para el Maestro Ávila sólo hay un verdadero sacrificio y un verdadero sacerdocio, el de Cristo. Sin embargo, como miembros de la Iglesia, que es su cuerpo, participan todos los cristianos de ese sacrificio único. Todos los cristianos, pues entran a formar parte del pueblo de Dios, de modo que, al aceptar a Cristo, participan de su sacerdocio. Tal afirmación responde la universalización de la llamada a la vida de santidad cristiana. Todo cristiano por su bautismo es llamado a vivir su específica vocación, como miembro de la Iglesia. Si los sacerdotes ministros ofrecen, en su nombre, el sacrificio eucarístico, el Señor “a los cristianos los hizo sacerdotes en el espíritu, así todo cristiano tiene poder para en el altar de su corazón sacrificar a Dios”.

Sin diferencia de sexos y por tanto ni de raza ni de condición social, todos sin distinción entran a formar parte del pueblo de Dios. Y todos son constituidos para tener potestad de ofrecer hostias espirituales a Dios. Y para explicarlo nuestro santo no tiene mejores argumentos que el

¹⁴ *Sermón 8, 280; Juan I, lección 2ª, 180-470.*

texto del apóstol san Pedro: “Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real” (1Pe 2,9) y el de san Juan en el libro del Apocalipsis: “Nos hiciste para nuestro Dios un reino de sacerdotes (Ap 5,10).

¿Pero en qué consiste ese sacerdocio, cuáles son sus funciones? El Maestro Ávila tiene mucho cuidado en matizar conceptos, distinguiendo claramente el sacerdocio de los fieles del ministerial. Y si bien del sacerdocio de Cristo participan los fieles, y por eso son sacerdotes de Cristo, la Iglesia es actuada y presidida por algunos miembros del Cuerpo Místico de Cristo, constituidos ministerialmente como sacerdotes, que en unión mística con Cristo cabeza, único oferente y representándole ante los fieles, reiteran el sacrificio con los mismos cristianos.

El santo va contrastando las facultades propias del sacerdocio jerárquico, de las que carece el simple bautizado. Al sacerdocio ministerial lo denomina evangélico y al de los fieles espiritual. Y así mientras afirma en este texto las funciones propias del sacerdote ministro, indica que ninguna de ellas es incumbencia del simple cristiano.

Aunque se tiene que tomar metafóricamente este sacerdocio cuando se compara con el ministerial, no deja de estar llamado a la interna semejanza y similitud de la perfección sacerdotal, que es una llamada a vivir la propia vocación cristiana. Es emplazado, pues, el cristiano, por medio de la práctica de la virtud, a perfeccionar en sí mismo la vida de Cristo, que ya posee por el bautismo.

Y para urgir este compromiso evangélico, el santo parte del fundamento de nuestro ser cristiano: el bautismo. Ha sido ungido con el santo crisma, consagrado por el mismo Dios, ha quedado configurado con Cristo, de modo que todos aquellos dones de verdadera santidad que tiene el sacerdocio mosaico, los posee abundantemente todo cristiano, si a ello no pone óbice.

Consecuentemente con lo expuesto, claramente podemos comprender en qué consisten las hostias espirituales que todo cristiano ofrece a Dios. Y que son las buenas obras que debe realizar en la actividad de cada día. Vencer todas estas pasiones y vicios significaba llevar una vida íntegra en consonancia con los mandatos divinos, que es lo que agrada al Señor.

Establece una íntima conexión entre la integridad de vida y el sacerdocio que parte del propio bautismo. Con ello muestra una gran profundidad teológica, de manera que el testimonio y comportamiento

del cristiano no son más que una consecuencia lógica de la grandeza espiritual a la que ha sido llamado todo bautizado.

Claramente con esta orientación en que tomaba conciencia la llamada a la perfección evangélica en todos los bautizados, se abrían caminos para forjar una nueva espiritualidad.

Si bien esa espiritualidad básica, que brota del sacerdocio de los fieles, pide vivir plenamente la vida cristiana, según el estado de la vida, se tendrá que realizar con su propia peculiaridad. Cada cristiano vivirá su vocación según el camino que le presenta Dios como itinerario de su propia vida: “Una manera hay de sacerdocio espiritual y éste conviene a chicos y grandes, casados, hombres y mujeres”.¹⁵

Y entre los elementos a tener en cuenta Juan de Ávila daba a los fieles los siguientes: participación en el sacerdocio de Cristo por medio del bautismo; el poder ofrecerse a sí mismos unidos al sacrificio de Cristo; relación de esta oblación con el sacrificio eucarístico; diferencia y relación respecto al sacerdocio ministerial.

Con estas ideas Juan de Ávila expresaba todo un movimiento espiritual que respondía a la popularización de la perfección evangélica, que, saliendo de los claustros se manifestaba como una clara consecuencia de la espiritualidad apta a todos los estados de la vida cristiana. De este modo, se expresaba como vida cristiana todo “lo concerniente a la perfección cristiana, dentro del camino ordinario y trillado de la práctica de las virtudes”.¹⁶ Esta doctrina que comenzó a ponerse en boga en los autores del siglo XVI, formula “ya muchas ideas que han sido recogidas y desarrolladas en nuestros días en el decreto del Vaticano II sobre el sacerdocio”.¹⁷

CONCLUSIÓN

San Juan de Ávila presenta en sus escritos los temas que preocupan a los cristianos de su tiempo. Su trayectoria sacerdotal vemos que se realiza con su afán de renovar a la Iglesia. A través de su actuación apostólica tiende a reformar las costumbres de todo el pueblo cristiano: de los aristócratas y de los humildes, de los ricos y de los pobres, de los clérigos y de los laicos.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ BATAILLÓN, M., *Erasmus en España*, 531.

¹⁷ JEDIN, H., “La imagen del obispo de Trento”, 94.

Esta dedicación le introduce en la doctrina de la universalización y democratización de la perfección cristiana, poniéndola al alcance de los bautizados, sin distinción de estados.

Insistentemente aboga por la santidad de todo bautizado, presentando unos elementos comunes a toda vida cristiana. Cualquiera que sea el estado o condición de vida cristiana debe utilizar los medios que la Iglesia le brinda para su propia santificación.

Como maduración de esa vocación bautismal, surgen diferentes modos de expresarla, que, por concurrir en cada uno de ellos distintas circunstancias, se tendrán en cuenta a la hora de evaluar su eficacia.

En la atención que dedica al seglar, si bien es notoria, no llega a desarrollar plenamente la teología del laicado. No eran los tiempos apropiados para ello, pero debemos reconocer como esboza unos presupuestos que abren las puertas de la perfección cristiana a los simples bautizados, que pueden alcanzar la virtud evangélica en el fiel cumplimiento de sus deberes familiares y profesionales en medio del mundo.

Consecuente con esta doctrina se preocupa por todos. Se muestra nivelador de las clases sociales y defensor de los derechos de los pobres. Tuvo gran cuidado de que los casados viviesen en paz y se amasen como obliga la ley de Dios; quería que el cristiano, en cualquier estado que fuese llamado, fuera fiel a las obligaciones de su propia vocación y, con ello, cumpliera como buen cristiano.

Concede una valoración al trabajo en la sociedad española del Siglo de Oro. Con ello deseaba que el cristiano cooperase a una sociedad más fraterna.

Y todo quería que se realizase revestido de una ecuanimidad que evitase que la excesiva dedicación a los asuntos del mundo mermase el adecuado desarrollo de la vida cristiana, que es la que debe propiamente impregnar y configurar la propia condición del cristiano.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS, M., *La teología española del siglo XVI*, BAC, Madrid 1976-1977, 2 vol.
- BATAILLÓN, M., *Erasmus en España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México 1986.
- El Maestro Ávila. Actas del Congreso internacional*, Edice, Madrid 2000.
- GARCÍA ORO, J., *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, CSIC-Instituto “Jerónimo Zurita”, Madrid 1971.
- JEDIN, H., “La imagen del obispo de Trento”, en J. Coppens (ed.), *Sacerdocio y celibato*, BAC, Madrid 1971.

JUAN DE ÁVILA, *Obras completas del Santo Maestro*, L. Sala Balust y F. Martín Hernández (ed. crítica, intr. y notas), BAC, Madrid 1970, 6 vol. (Recientemente, 2000-2004, se ha realizado una nueva edición del santo en la BAC Maior).
Vol. I: Tratado de Audi, Filia, de 1556 y 1574, 394-849.
Vol. II: Sermones, ciclo temporal, I, 5-942. y 111.- Sermones.

Vol. III: Sermones, ciclo santoral, 3-535.

Vol. IV: Comentarios bíblicos, 25-505.

Vol. V: Epistolario, 15-810.

Vol. VI: Tratados de reforma, 3-449.

LLIN CHÁFER, A., *San Juan de Ávila, Doctor de la Evangelización*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2013.

LUIS DE GRANADA, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila*, Juan Flors, Barcelona 1964.